

ECONOMÍA MODERNA Y FUNCIÓN DE UTILIDAD: DE LA FILOSOFÍA MORAL ILUSTRADA A LA “CIENCIA”

Modern Economics and the utility function:

From enlightenment moral philosophy towards “science”

ANDRÉS MONARES*

Fecha de recepción: 23 de abril de 2015- Fecha de aprobación: 21 de septiembre de 2015

Resumen

La Economía Moderna fue desarrollada desde los fundamentos que elaboró la filosofía moral ilustrada, la cual establece un concepto mecánico de las acciones humanas que haría verosímil un abordaje “científico” de las mismas. Esa visión se concretó en la “función de utilidad” cual herramienta descriptiva de tal mecanismo que, a su vez, comprobaría la veracidad de dicha relación causa-efecto estricta. No obstante, se pueden realizar diversas críticas metodológicas a la función de utilidad por encarnar el reduccionismo económico y ser incapaz de describir correctamente los fenómenos y de entregar una comprensión cabal de los hechos. Asimismo, la crítica también se extiende a ámbitos extra económicos: se postula el dominio del egoísmo, se imponen categorías culturales occidentales modernas, negándose las de otras culturas y sus realidades económicas, y se hacen aparecer las conclusiones teórico-prácticas de una escuela económica (neoliberal) como si fueran las de una disciplina económica unitaria y única.

Palabras clave: Ciencia económica, función de utilidad, reduccionismo, cultura, Socioeconomía.

Abstract

Modern economics is grounded in the fundamental concepts of enlightenment moral philosophy, which makes credible a scientific approach to human relationships by establishing a mechanical concept of human actions. This perspective was translated to the “utility function”: a descriptive tool of such mechanism. In turn, this function would prove the veracity of the strict cause-effect relationship. Nonetheless, due to the utility function embodies the economic reductionism it can be methodologically questioned. This function is incapable of both describing properly the phenomena and giving a complete understanding of the facts. Moreover, the questioning goes beyond economic aspects. The dominance of selfishness is posed, culturally modern western categories are enforced while other cultures are denied and the theoretical-practical conclusions of an economic school (neoliberal) appear as though they belong to the unique and unitary economic discipline.

Keywords: Economic science, utility function, reductionism, culture, socioeconomics.

* Antropólogo, Universidad Austral de Chile. Académico del Área de Humanidades de la Escuela de Ingeniería y Ciencias, Universidad de Chile. Correo-e: amonares@ing.uchile.cl

“...una teoría debería ser juzgada tanto por la ignorancia que exige como por el conocimiento que pretende aportar”

Marshall Sahlins

Presentación¹

Al considerar la historia humana se entiende que los sistemas de sustento o socioeconómicos han mostrado una gran diversidad y, de hecho, en su mayoría no han sido maximizados al modo lucrativo moderno. A pesar de lo anterior, a la fecha se ha situado como dominante (política y académicamente) al maximizador sistema de mercado autorregulado. El cual, por más que pretendan sus seguidores ortodoxos presentarlo como natural y/o cúspide de la evolución sociocultural de la humanidad, no es más que un sistema muy reciente y específico del Occidente moderno. Y aunque se quiera validar su universalidad en base a la “ciencia”, justamente de aquella dependencia cultural e histórica de la tradición occidental moderna es desde donde surgen los elementos para cuestionar la condición científica de la disciplina.

De esta manera, primero se presentarán aquí las peculiaridades de la conformación del sistema de mercado autorregulado impuesto a la fecha como dominante. Luego, se verá la vigencia de ese fundamento en la “científica” función de utilidad. Y para concluir, se realizará una revisión socioeconómica de esa expresión puntual que es la función de utilidad, desde la cual se deriva una crítica general de la Economía de Mercado Autorregulado en tanto “ciencia”.

Ese último cuestionamiento se estima aquí importante, no solo por motivos académicos, sino también por razones ideológicas, políticas, cultu-

rales y de identidad. Sobre todo cuando las preguntas se plantean desde el Sur Global. Y, además, al entender que la Economía de Mercado Autorregulado y su pretensión de ser una “ciencia” nace, se desarrolla y sostiene desde el Norte Global. Lo cual es obvio que conlleva —implícita y/o explícitamente— motivaciones y consecuencias ideológicas, políticas, culturales y de identidad.

De la filosofía moral ilustrada a la “ciencia”

Desde un abordaje histórico-técnico, se puede constatar que la Economía Moderna es una disciplina desarrollada a partir de la Economía Política y la Filosofía Moral del Reino Unido en los siglos XVIII y XIX. Aunque no puede dejarse fuera el XVII, por ser la centuria en la cual germinaron esas ideas².

La Economía nació en aquel período y evidentemente fue fruto de las condiciones productivo-comerciales imperantes en ese contexto; pero asimismo del ambiente y de las ideas políticas, sociales, filosóficas y religiosas. En específico, representó las esperanzas de los negociantes y, de modo principal, las que arrastraba desde el siglo XVII o antes, la pequeña y mediana burguesía comercial e industrial puritana³. El Estado y el moribundo sistema mercantilista eran un estorbo para quienes se afanaban en expandir sus negocios y acumular ganancias. Dichos grupos se sintieron interpretados plenamente por las nuevas ideas a favor de la libertad de comercio, y en contra de los monopolios y de la intervención estatal.

Los intereses de la elite propietaria fueron fundamentales para el desarrollo teórico de la Economía Moderna y para brindarle apoyo político al proyecto que implicaba. A pesar de ser manifiesto que la disciplina fue marcada por un

contexto particular donde se compartían ciertos objetivos, debe recordarse que únicamente por el andamiaje “científico” con el cual se la desarrolló y legitimó, se llegó a **suponer** que la Economía Moderna es un cuerpo teórico-práctico más allá del tiempo y de las formas de vida específicas. A la vez, o por esa misma razón, no se la construyó siguiendo el deber ser de objetividad y neutralidad de una disciplina en realidad científica. Al contrario, era el sustento ideológico de la política económica británica para favorecer a los grupos privilegiados en lo interno y al Reino Unido en lo internacional⁴.

Del mismo modo, la moral fue transformada para apoyar y legitimar esas propuestas. El **interés propio**, al ser identificado cual base del progreso y riqueza de la sociedad, quedó expurgado de cualquier rastro de pecado que aún pudiera subsistir desde la perspectiva de la **vieja** moral greco-medieval (compartida todavía por anglicanos tradicionalistas). Es más, en adelante la búsqueda de bienestar material y riqueza individual, será la conducta económica obvia y también la correcta. En un cambio revolucionario en la moral occidental, se impuso el “amor a sí mismo” y llegó a ser la nueva ética social dominante (Espoz, 2003). Sin embargo, en un radical salto adelante (¿o hacia atrás?) en dicha revolución moral, en la práctica se terminó identificando el amor propio con el “egoísmo”. Por vez primera en su historia, la tradición occidental aceptó un **infinito** deseo individual materialista y/o lucrativo; y es más, lo llegó a promover. Desde ese momento, se tendería a practicar la producción y el comercio a partir de dicho principio **vicioso**... Celebrado hasta hoy por las élites económicas y fundamentado académicamente por los economistas ortodoxos, desde los clásicos a los neoliberales⁵.

Fue Adam Smith, filósofo moral escocés, quien sintetizó en una teoría esas condiciones e ideas de su época. Pero, es muy necesario recordarlo, este profesor presbiteriano de Ética le imprimió su fe reformada o calvinista a su sistema económico⁶. Justamente, fundado en su piedad propuso el mecanismo del mercado autorregulado: la “mano invisible” sería el medio providencial para dirigir los egoístas deseos utilitarios del “hombre económico”. Por dicho gobierno, de forma inconsciente o más allá de la voluntad de los individuos, se realizaría una distribución divina —automática y autónoma— de la riqueza en la sociedad. Así se cumpliría el mandato de fructificar y multiplicarse del *Génesis* (1, 28, Biblia Reina Valera)⁷. Sería tal la regularidad de la providencial “mano invisible” que, de no ser intervenida su acción, establecería un orden factible de ser estudiado, medido y hasta predicho. Quedaba instituido el fundamento de la pretensión científica de la Economía Moderna: la legalidad de la conducta económica en particular y socio-cultural en general⁸.

La satisfacción de necesidades y deseos materiales mediante el consumo en el mercado, quedó identificada con el amplio concepto de “bienestar”. Más, este no sería exclusivamente material. Por su profunda religiosidad, Smith lo entenderá desde un punto de vista **espiritual**. La comodidad será el grado de felicidad posible de aspirar por la humanidad “caída” o en su presente estado de pecado. Y, al mismo tiempo, un premio de la deidad al trabajo entendido en tanto una virtuosa vía de glorificación. No obstante, por la creencia del moralista escocés en la interpretación calvinista británica de la teoría de la predestinación, lo que podría entenderse como la **gracia materialista** de Dios no es igual para todos: es **selectiva** o **dual**⁹.

La gracia divina tocaría con el éxito y la prosperidad solo a sus pocos elegidos, quienes se dejan guiar en sus labores productivo-comerciales por el providencial y virtuoso amor a sí mismos. Mientras esa gran mayoría que son los condenados, son dirigidos (“incentivados” en la jerga económica actual) a trabajar en bien de la sociedad de dos maneras: aguzados por el **miedo** a morir de hambre aceptarían salarios de subsistencia y/o el **egoísmo** -u otros vicios como la avaricia, la envidia, etc.- los induciría a la búsqueda infinita de bienestar y riquezas. Podrá entonces concluir el filósofo moral escocés que los condenados son conducidos por la “mano invisible” a producir/comerciar los bienes “necesarios y convenientes para la vida” de la nación: “al perseguir su propio interés, [promueven] el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios”.

He ahí la muy singular “investigación” de Smith “sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”, la cual más bien es un encontrar y dar por dato empírico lo que su **fe** le impulsaba a buscar. Estos resultados los sustentó en una “teoría” que proponía que el egoísmo es el más influyente y útil de los “sentimientos morales”. A través de aquel vicio el ser humano “sin pretenderlo, sin saberlo”, es conducido por la Providencia a cumplir la voluntad de la Deidad: la supervivencia de la mayoría de la especie y la comodidad de una minoría. Todo ello los individuos lo ejecutan inconscientemente o de modo mecánico, pues están predeterminados a buscar su bien individual de manera instintiva. En conclusión, *La teoría de los sentimientos morales* (1759) es fundamental e indispensable para entender *La riqueza de las naciones* (1776).

La actual “ciencia” económica sigue atada tanto a su origen en la vieja Filosofía Política y Moral

ilustrada, como al imaginario sociocultural de la época. Los supuestos, lógica y problemas establecidos por Adam Smith, han configurado la estructura básica de la Economía Moderna. Por mucho que en el interludio se hayan podido añadir más autores o que algunos de ellos no sean de la preferencia de uno u otro estudioso, la llamada “ciencia” económica desciende por línea directa del pasado clásico. Más allá de los aportes o desarrollos a través del tiempo -de un período de tiempo **muy** corto en realidad-, la Economía Moderna ha sido una disciplina tradicionalista: ha mantenido un cuerpo unitario y ciertos énfasis teóricos específicos. Como ha sido expuesto, estos no se fundan únicamente en hechos; condición básica de una disciplina científica. Han sido elaborados desde una selección subjetiva (¡de índole fideísta!), que implicará encaminar y hasta determinar la teoría por criterios **extracientíficos**¹⁰.

En palabras del economista Gunnar Myrdal, Nobel de la especialidad en 1974, las élites de Gran Bretaña primero y después las de otros países, llevaron a cabo “una racionalización de los intereses y aspiraciones del medio ambiente” al cual pertenecían. Con posterioridad, la Economía fue elevada al rango de teoría “científica”: fue legitimada al desarrollarla con un lenguaje técnico-matemático y al darle un estatus académico. Y es más, al asumir el supuesto de la naturaleza económica de la humanidad, esta singular “ciencia” ha llegado a ser **omnicomprensiva**. Sería capaz de explicar y dirigir todos los diversos ámbitos y comportamientos humanos en cualquier tiempo y lugar. A lo cual se arribó **refinando/ampliando** el supuesto ilustrado o clásico del “hombre económico” egoísta.

Según la teoría contemporánea de las preferencias, todas las elecciones en un contexto de escasez serían resultado de un cálculo individual

del “valor” asignado a lo que cada cual estima es útil para él: bienes, servicios, situaciones, sentimientos, ideas, personas, etc. Los economistas ortodoxos aceptaron que cada sujeto, al decidir y/o actuar a nivel individual y social, **siempre** busca alcanzar sus propios objetivos. En cada decisión o elección esos sujetos racionales considerarían los precios monetarios o psicológicos para maximizar algún tipo de “utilidad”. Este enfoque supuso un **avance** al dejar de limitar lo económico solo a lo lucrativo. De hecho, la disciplina ya no quedaba atada ni siquiera exclusivamente lo material, pues se amplió su alcance a cualquier tipo de conducta maximizadora (Becker, 1978). Esta explicación **total**, el llamado “enfoque económico del comportamiento humano”, se pudo además expresar matemáticamente por medio de la “función de utilidad” (Varian, 2002). Tal herramienta podría describirse como una especie de caja mágica que homologa y ordena lo diverso: en ella se pueden guardar distintos tipos de cuestiones, las que son unificadas bajo una única categoría y además jerarquizadas. En otras palabras, homologa todas las preferencias bajo la categoría general de “utilidades” y luego las ordena¹¹.

A pesar de que esa pretensión de que la Economía Moderna sea absolutamente explicativa ya se encontraba entre los clásicos, los **avances** (¿o retrocesos?) de los economistas ortodoxos contemporáneos les han llevado a insistir en el carácter omnicomprensivo de su disciplina. En ese sentido, la función de utilidad vino a cooperar a esa concepción de que todo cuanto hacen los humanos serían asuntos económicos. Hasta en situaciones sin relación alguna con la economía real, es decir, con la producción, los intercambios, la distribución, el consumo de bienes y servicios o el ahorro (Polanyi, 1994)¹². Entonces, la función de utili-

dad permitiría que la Economía Moderna consiga dos importantes logros: superar la **vieja** visión que limitaba la maximización económica a los estrechos marcos del dinero o de lo material; y alcanzar el estatus de **ciencia general de la humanidad**¹³.

Al tiempo que la función de utilidad permitiría explicar cualquier decisión humana, evidenciaría la manifiesta superioridad de la Economía “científica” y la invalidación del resto de las disciplinas socioculturales. Estas se preocupan de cuestiones morales, históricas, culturales, religiosas, políticas, sociales, de género y de otras materias finalmente irrelevantes (las cuales, además, son expresadas de forma chapucera: sin matemáticas¹⁴). Por si alguien todavía se atreviera a dudarlo, esa sería la prueba definitiva del carácter científico de la disciplina. A decir de Theodore W. Schultz, profesor de Economía en la Universidad de Chicago y Nobel de la especialidad en 1979, ya no sería necesario “ (...) **traicionar** [¡sic!] el análisis económico, recurriendo a ‘teorías’ basadas en consideraciones culturales, sociales y políticas” (Schultz citado en Valdés, 1989: 129-130. Negritas nuestras)¹⁵.

Desde el enfoque que materializó la función de utilidad, ocurrió un hecho sin parangón en el mundo académico: la Economía se convirtió en una “ciencia” sociocultural que por más que parezca increíble... ¡no requiere tomar en cuenta lo sociocultural! Superada la fase **primitiva** de la disciplina, lo que se tiene por un progreso teórico dicta que solo basta adicionar las variables no económicas a la función de utilidad. Variables en realidad económicas, porque toda decisión y acción humana queda inexorablemente **transmutada** en económica. Desde esa perspectiva, lo que cambiaría son las diversas expresiones del cálculo maximizador de utilida-

des en distintos contextos. Se conquistó así la esquivada cima que todo tecnócrata mecanicista o ingeniero social anhelaba alcanzar: se encontró el “algoritmo” universal de la voluntad individual y, por ende, de la vida social de la especie¹⁶. Quedaba abierto el camino para la extensión del “método económico”, mediante el cual de ahora en más se sostendría que existe “una sola ciencia social”, la Economía “científica”:

“Lo que confiere a las ciencias económicas su poder imperialista e invasivo es el hecho de que nuestras categorías de análisis —como la escasez, los costos, las preferencias, las oportunidades— **poseen una aplicabilidad realmente universal**. Aún más importante es nuestra organización bien estructurada de estos conceptos en el interior de los algoritmos, distintos pero de todos modos correlativos entre ellos, de la optimización en lo que concierne al análisis de las decisiones individuales y del equilibrio y en lo que respecta al análisis a nivel social. Se puede afirmar, por lo tanto, que la economía constituye una suerte de **gramática universal de las ciencias sociales**” (Hirshleifer citado en Bruni & Zamagni, 2003: 30. Negritas nuestras).

La omnicompreensiva Economía Moderna se transformó asimismo en **universal**: todo acto individual y social, en cualquier tiempo y lugar, quedó unificado. La descripción del mecanismo maximizador establecía que, sin duda, la especie humana era una sola. Durante sus más de 190 mil años de existencia, ¡el *homo sapiens* invariablemente había respondido al modelo burgués occidental moderno!

Adam Smith (2000), sin más experiencia cultural que la de su ambiente europeo, **descubrió** al “hombre económico”: el “mercader” egoísta no era un tipo singular de individuo, encarnaba la verdadera naturaleza del género. Luego, el náufrago Robinson Crusoe sirvió para que los neoclásicos difundieran al ser humano maximizador-concepto “técnico” que reemplazó al anticuado “egoísta”- cual dato “científico”. No importó que

fuera un personaje de novela tan imaginario como el invento de Smith; ni que el libro no relatará la historia de un hombre “natural”, sino la de un británico con mentalidad y tecnología británica. Más allá de tamaños pecados originales, la ortodoxia de la manifiesta universalidad occidental moderna fue **corroborada** por economistas e incluso por investigadores de otros campos. La Economía “científica” se convertía así en la “ciencia imperial” que se hacía cargo de una serie de “problemas centrales” de otras disciplinas socioculturales “vecinas” (Stigler, 1984)¹⁷.

Por nombrar solo dos casos muy reconocidos, R. A. Radford (1945) expuso la experiencia de un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial donde -a pesar de asumir implícitamente que era una economía desarrollada de la nada-, los prisioneros occidentales modernos se comportaban... ¡curiosamente dentro de los marcos económicos occidentales modernos! Por otro lado, en el área biológica, Garrett Harding (1968) sostuvo que al ser un hecho que la humanidad es “racional” y busca “maximizar su ganancia”, los bienes comunes están inexorablemente destinados a extinguirse¹⁸.

Con dicho material mítico disfrazado de datos empíricos, por obra y gracia de una teoría que nadie se molestó en contrastar con la realidad o porque el modelo simplificado sería de todas maneras útil, quedaba sembrada la semilla fundamentalista del pensamiento único neoliberal contemporáneo. Este será difundido como la “buena ciencia económica”... la etiqueta con que los propios neoliberales gustan nombrar a **su** escuela económica¹⁹. Los neoclásicos generalizaron así su visión particular a toda la Economía, disciplina que quedó unificada bajo el dogmático reduccionismo de **una** escuela específica. Concepción ideológica de extrema

derecha que, no debe olvidarse, carga con un sesgo cultural de base al representar el imaginario occidental moderno: “Los [economistas ortodoxos] estadounidenses e ingleses con frecuencia piensan como si sus principios fueran los únicos y que nadie, excepto por error, podría concebir otros” (Fallows citado por Suárez en List, 1997: 14-15)²⁰.

Cultura y función de utilidad

El convencimiento del carácter científico de la Economía Moderna, se fundamenta y manifiesta en una concepción de la humanidad pecadora gobernada por la Providencia, sintetizada con y/o expresada en la mecánica newtoniana. Esa irremediable condición humana da lugar a una relación causa-efecto estricta, donde el concepto técnico de “maximización” reemplazó al concepto moral de “egoísmo”. De ahí que identificado el “incentivo” determinante de la decisión “racional”, ésta podría ser **incitada** y por tanto **predicha**. Al otorgarse la Economía a sí misma certificado de “ciencia”, reduce a las personas a una versión bípeda del perro de Iván Pavlov: es la disciplina que describe las reacciones humanas regulares; y en consecuencia, esta relación causa-efecto estricta demuestra su estatus científico.

Esa cuestionable tautología no es el único problema que presenta la función de utilidad. Esta termina describiendo las elecciones y los actos consecuentes en sí mismos o a modo de mecanismos causa-efecto **aislados** o **fuera de contexto**. No considera los principios que guían una decisión, las demás esferas con que se relaciona, la manera institucional en que se materializa y el contexto en el cual se decide. Omitiendo la cultura y las instituciones sociales, los actos individuales serán reducidos a decisiones “racionales”

(materialistas o no) y a consiguientes efectos conductuales utilitarios (materialistas o no) que se cuantifican. Luego, como señala la antropóloga Susan McKinnon (2012) cualquier acción individual guiada por el instrumental cálculo costo-beneficio para lograr un resultado óptimo sería inexorablemente “racional”. El problema es que también lo serán los actos “irracionales”... O, en realidad, cualquier acto.

Casi cuarenta años atrás el economista Amartya Sen, futuro Nobel de la especialidad, hizo una crítica del fundamento conductista de la teoría económica ortodoxa, un enfoque limitado que “se ha preocupado mucho de ese tonto racional arrellanado en la comodidad de su ordenamiento *único* de preferencias para todos los propósitos”. Expone Sen que las definiciones de la disciplina determinan sus objetivos y la interpretación de los datos empíricos. Así por ejemplo, si “la elección de una persona coincide con la maximización de su bienestar esperado, pero ésa no es la *razón* de su elección”, el economista insistirá en el argumento de la maximización. El modelo **sabe a priori** lo que los individuos hacen y por qué... hagan lo que hagan y sean cual sean sus motivaciones reales:

“Podemos definir los intereses de una persona en forma tal que parezca perseguir sus propios intereses en cada acto de elección aislado, independientemente de lo que haga (...) **Con este conjunto de definiciones, usted no podrá dejar de maximizar su propia utilidad** (...) independientemente de que usted sea un egoísta recalcitrante o un altruista delirante o un clasista, aparecerá maximizando su propia utilidad en este **mundo encantado** de las definiciones” (Sen, 1986: 180 y 181. Negritas nuestras)²¹.

Desde esa camisa de fuerza de la definición mítica y para nada neutral de un ser humano egoísta o maximizador, no habría ninguna acción que no pudiera ser **convertida** en “racional” o

no lo fuera **en el fondo** para quien observa y concluye desde **esa** definición particular. Se cae así en una generalización tan amplia, que la función de utilidad termina prestando un flaco servicio teórico-práctico. En el fondo, en cuanto se abandona el rígido reduccionismo de la Economía Moderna, queda al descubierto que no es más que una herramienta estéril²².

Igualmente, la función de utilidad conlleva una abierta deformación de la realidad. El antropólogo Marshall Sahlins (1983) y el historiador de la economía Karl Polanyi (1994), grafican ese error al tratar ciertos intercambios materiales en las sociedades tribales desde la perspectiva sustantiva de lo económico (referida a las formas reales e institucionales de los pueblos para procurarse el sustento). Cuando se asume cual principio básico la maximización de utilidades por el hecho de que se intercambian bienes, se pasa por alto el contexto y la finalidad **sociocultural** del fenómeno. Más todavía, señala Sahlins, se pierde de vista el que dichas transacciones “no aumentan en lo más mínimo la reserva de objetos de consumo”. Es más, si tales intercambios fueran económicos en sentido occidental moderno, obstaculizarían en buena medida e incluso de manera grave la cotidianidad y hasta la cohesión de un grupo o sociedad “que tiene sus puntos de referencia fuera de la esfera económica” (Polanyi, 1994). Ciertamente son intercambios materiales, pero **no** son intercambios económicos. Situación identificable en las sociedades tribales y también en las modernas y/o modernizadas:

“Podríamos decir que las personas maximizan el valor social, pero eso significaría situar erróneamente el determinante de la transacción, no especificar las circunstancias que producen diferentes productos materiales en circunstancias históricas diferentes, **aferrarse a las premisas de la economía de mercado asignando**

falsamente cualidades de tipo pecuniario a las cualidades sociales (...) El interés de esas transacciones reside precisamente en que no proporcionan un aprovisionamiento material y en que no se basan en la satisfacción de las necesidades materiales de los seres humanos” (Sahlins, 1983: 205. Negritas nuestras).

Ese grueso error de asignar “falsamente cualidades de tipo pecuniario a las cualidades sociales”, con mayor razón sucede al asumir *a priori* que todas las elecciones maximizan utilidades. Incluso, que se están maximizando utilidades socioculturales (siendo la maximización de “prestigio social” el ejemplo típico del economismo). De ahí que la función de utilidad fije su atención únicamente en el hecho **en sí**. El contexto solo entregaría meras variaciones circunstanciales de importancia secundaria, o derechamente nula, de un mecanismo **inherente** a la especie. En consecuencia, la complejidad sociocultural desaparece: los propósitos, lógica, motivaciones y las instituciones relacionadas a una decisión serían un inexorable fruto del cálculo costo-beneficio individual omnipresente y eterno. Sea esa decisión producir bienes, intercambiarlos o cualquier otro asunto no relacionado a la búsqueda de sustento.

Tal caracterización rígidamente reduccionista de la humanidad -una suma de individuos atomizados y egoístas o maximizadores, guiados por la lógica del cálculo costo-beneficio en todo tipo de elección-, se enfrenta a los datos históricos y antropológicos. En primer lugar, la etnografía da cuenta de tipos de “yoes” que hacen imposible comprender a las personas y a sus relaciones sociales, desde la concepción occidental moderna de “individuo” cual sujeto singular e indivisible. Para muchos pueblos “la persona individual es sede de múltiples yos con quien está unida en relaciones mutuas de ser, incluso si, por la misma razón, el yo de cual-

quier persona está más o menos distribuido entre otros” (Sahlins, 2011: 64). Y ese “yo transpersonal” no solo representa otra comprensión de las personas y las sociedades, implica otras formas de relacionarse: si yo soy a la vez otro u otros, entonces ese otro u otros “es también mi propio propósito”. La convivencia da lugar a una “ética de amor y ayuda mutua”, materializada institucionalmente en los sistemas de sustento; por ejemplo, en distintas formas de reciprocidad y redistribución²³.

Por otro lado, se sabe que en diversos grupos y sociedades, los fines de diferentes acciones ni siquiera han sido ni son siempre instrumentales; pues la pertinencia, importancia y hasta la consideración de numerosos actos individuales y/o institucionalizados, no radican en sus resultados. La cultura de muchos grupos y pueblos señala que aquellos no son medios, sino **fines en sí**. Hasta circunscribiéndose a la esfera de la búsqueda del sustento se puede constatar la existencia de diversos sistemas donde tampoco se elige “racionalmente”: “La costumbre y la tradición, por lo general, eliminan” la opción maximizadora. Es más, si llegara a darse una situación de elección, “ésta no tendría por qué estar provocada por los efectos limitadores de ninguna ‘escasez’ de medios” (Polanyi, 1994: 99)²⁴.

Es evidente que el cálculo costo-beneficio es una **opción** entre tantas, no una cuestión ineludible dada una singular naturaleza humana “racional” fija y universal. La escasez, como toda idea, se construye y se legitima socioculturalmente. Esa opción no solo surge de la caracterización que hace un pueblo de los bienes y servicios -de donde se derivan necesidades y deseos condicionantes de la existencia o no de la escasez de aquellos bienes y servicios-, sino por una cuestión mucho más sencilla: a través

de la historia humana diversas sociedades no han asumido que las necesidades y deseos son infinitos. Al punto que han procurado inhibir institucionalmente, cuando no incluso castigar, esa posibilidad; casos de ello son la Atenas clásica, el medioevo europeo y la civilización andina (Monares, 2008). La Economía Moderna supone una escasez ineludible porque sencillamente definió un ser humano egoísta, por ende, con deseos infinitos imposibles de saciar²⁵.

Ahora bien, se puede aceptar el ejercicio mental omnicomprendivo y universalista al cual da lugar la función de utilidad, pero bajo una condición: si solo se quiere **describir** una mera relación causa-efecto²⁶. Debe tenerse claro que aquella perspectiva no da fruto alguno, si de lo que se trata es de **comprender** un fenómeno a fondo y/o en contexto. O sea, no es posible dar cuenta de por qué una acción se realiza de una manera dada y por ende con qué ámbitos, instituciones, valores e ideas se relaciona para fundamentarse, legitimarse y materializarse. Ni tampoco a qué lógica responde y qué significados le dan las personas, grupos y sociedades que lo llevan a cabo. Esa descripción simplista y reduccionista de un cálculo de valor individual de utilidades, no permite acceder al entendimiento de la complejidad de los fenómenos socioculturales. En otras palabras, no proporciona pista alguna respecto de “por qué ocurren, cuáles son sus factores determinantes, de dónde proceden, cómo se transforman”; ni tampoco da luces acerca de la “interdependencia de los factores” que generan el hecho en cuestión (Ander-Egg, 1995: 63). Afirmer que los individuos eligen según sus deseos, sirve para **comprender** lo económico a un nivel tan básico como aseverar en lo biológico que los humanos respiran para vivir o en lo antropológico sostener la generalidad de que los actos tienen carácter cultural.

Así por ejemplo, la mecánica de los incentivos/desincentivos, tan fundamental y supuestamente explicativa para los economistas modernos, no existe en sí misma. Es cada cultura la que entrega los significados a ciertos objetos y/o situaciones para ser un incentivo o un desincentivo. Y además lo serán o no, dependiendo de sus relaciones con otros aspectos socioculturales o de si son parte de alguna institución.

La **pre**-determinación de un cálculo de valor como premisa (pseudo)explicativa, puede llevar a un total oscurecimiento de lo estudiado; y hasta a apreciaciones completamente equivocadas, al concluir en base a lo que un observador -externo, poco informado y/o dogmático- **crea** que está sucediendo. O sea, una mala descripción puede además llevar a una comprensión equivocada. Se terminarán homologando patrones o instituciones por coincidencias **formales**: cuestiones en apariencia similares, terminarán siendo catalogadas como lo mismo. Se puede acudir al filósofo inglés Gilbert Ryle para graficar las limitaciones descriptivas e interpretativas de la Economía Moderna, cuando dicho autor diferencia dos tipos de descripción valiéndose de un tic en un ojo, guiñar un ojo, parodiar el guiño y ensayar esa parodia frente a un espejo. Para una “descripción superficial” todos esos movimientos son iguales, porque en todos se observa la contracción del párpado. Ese observador externo, poco informado y/o dogmático ignora lo que **en realidad** sucede en cada caso. Solo una “descripción densa” diferenciará entre los tipos de contracción del párpado. Ese observador que se hace parte de la situación, informado de las concepciones de los otros y abierto a ellas, podrá interpretar y comprender cabalmente los hechos (Geertz, 2000)²⁷.

No es una ninguna novedad advertir acerca del peligro de encasillar los fenómenos socioculturales en un esquema rígido, reduccionista y universalizado sin atender a los datos empíricos de cada contexto. Bien lo señala McKinnon, en el “reino de la cultura” se sabe que “la misma causa puede tener diferentes efectos” y “que el mismo efecto puede tener causas diferentes”. El motivo es sencillo: “efectos culturales que **pueden parecer similares** se han constituido a través de conjuntos de significados **muy diferentes**” (negritas nuestras). En tal sentido, “un efecto que parece ‘objetivamente’ el mismo”, cuando se procede a su estudio en profundidad y no a una mera descripción formal, se podrá ver que “tiene causas y significados muy diferentes, y por lo tanto constituye, de hecho, una diversidad de fenómenos muy distintos” (McKinnon, 2012: 121 y 122)²⁸.

Es manifiesta la divergencia entre una descripción superficial y desinformada y una profunda e informada. Esta última sí podrá dar cuenta del error de considerar similitudes formales para homologar diferentes fenómenos e instituciones socioculturales. La mala ciencia, al asumir por principio la validez universal de los supuestos propios, terminará encontrando en otras culturas y contextos lo que busca: **lo propio**. Y esas expresiones aunque ajenas a la cultura del investigador, no afectarían la pretendida validez y significación universal que para ese investigador tienen sus propios patrones culturales. Este tipo de estudiosos terminan cometiendo dos acciones reprochables y en dos campos diferentes: en lo científico hacen mala ciencia y en lo político imponen su cultura... la cual, en el fondo, no es otra que la Occidental Moderna. Se entiende que la Economía Moderna sintetiza error científico y dominio cultural. La incompreensión de las formas de vida ajenas que conlleva, impone lo occidental moderno y termina eliminando la posibilidad de que los otros puedan ser efectiva y/o legítimamente ellos mismos²⁹.

En el ámbito socioeconómico, la preparación y transporte del *ch'uñu* o papa deshidratada (*Solanum tuberosum*) en Andes Centrales, sirve para ejemplificar la desacertada homologación de patrones por meras formalidades. El alimento y la bebida recibida por quienes ayudan en las actividades relacionadas al *ch'uñu*, son parte del *ayni* u obligaciones recíprocas de la familia extensa y/o comunidad andina (Van Kessel & Condori, 1992). Sin embargo, desde la mirada de la Economía Moderna, aquellos alimentos y bebidas se convertirán en lo que la disciplina ha determinado es lo obvio o lo real: salario. Y como el economista “científico” **verá** en los víveres una especie de “dinero”, terminará **encontrando** el resto de la tríada ortodoxa: “comercio” de trabajo y un “mercado” o mecanismo “oferta-demanda-precios” (Polanyi, 1994). Artificialmente se termina convirtiendo el *ayni* en una expresión del mercado y a los andinos en occidentales modernos³⁰.

Esos desaciertos a los que lleva la Economía ortodoxa o “científica”, se pueden ilustrar igualmente en otros casos no “étnicos”. Por ejemplo, una persona le pide a un amigo que repare su computadora y terminada la tarea le invita unos tragos en un bar. Este “servicio” de reparación tampoco podrá ser comprendido con el modelo de mercado lucrativo, donde se asumen una serie de condiciones ausentes en el también moderno y occidental ejemplo expuesto: no hay oferta competitiva de servicios, ni comparación maximizadora de opciones por quien requiere la reparación, no hay relaciones contractuales en cuanto al arreglo y su precio, ni precios pre-establecidos por tipo de prestación, ni tampoco hay regateo respecto a algún importe, tampoco existe pago ni la regla de que ese desembolso sea exclusivamente en dinero. De hecho, cuando una prestación se entiende dentro del concepto y contexto de un “favor”, no hay demandante

ni oferente al modo del mercado. En este caso la necesidad de uno y la ayuda prestada por el otro, no solo rebasan ampliamente, sino que no tienen relación alguna con dichos conceptos económicos modernos. Por ende, en este como en muchos otros casos, ellos no son de utilidad explicativa y ni siquiera descriptiva³¹.

Por último, una especificación acerca de lo que podría malinterpretarse como un “pago” por un favor o ayuda³². Se sabe que en no pocos lugares de Latinoamérica y del resto del mundo (no necesariamente solo entre grupos o sociedades con culturas “tradicionales”), ofrecer dinero a un pariente o conocido que prestó ayuda dentro del contexto ético y simbólico de un favor, puede ser tomado como una ofensa o a lo menos provocar incomodidad. Asimismo, en los casos no mercantiles en que se acepta dinero por un favor luego de lo que parece una renuencia hipócrita, queda en evidencia el significado (secundario, antisocial, pecaminoso, etc.) de remunerar en efectivo una acción definida como un servicio gratuito y cuyo carácter es eminentemente social. Todas cuestiones que jamás ocurrirían en el caso de un salario pagado por una prestación laboral bajo condiciones institucionales de un mercado formador de precios y lucrativo.

Sin el cabal conocimiento de las instituciones socioculturales, no hay comprensión posible de los actos humanos en general y económicos en particular, ni menos todavía de su interdependencia. Y se insiste, ni siquiera es posible elaborar descripciones correctas de ellos. He ahí el argumento académico -el cual se suma a los motivos políticos y culturales-, para abogar aquí por el enfoque socioeconómico y superar de una vez la mirada rígidamente reduccionista de la Economía Moderna³³.

Palabras finales

Considerando los antecedentes aquí expuestos, se podrá entender que acierta plenamente el antropólogo Marshall Sahlins (1983) cuando describe a la Economía “científica” en tanto una “encarnación de la sabiduría de las categorías burguesas”. Se está ante un específico desarrollo cultural occidental moderno que, al derivar de una interpretación en extremo pesimista del pecado original, terminó concibiendo a la humanidad como irremediablemente egoísta. Lo cual, en términos “técnicos”, se entendió luego como una inherente “racionalidad maximizadora” de la especie en el inexorable proceso de elegir o preferir. He ahí el fundamento de la explicación “científica” de todos los actos en cualquier lugar y época. Como afirma el citado autor, la disciplina económica “se desarrolla puertas adentro como una ideología y puertas afuera como un etnocentrismo³⁴”. En otras palabras, no es más que una pretensión de hacer pasar por teoría científica los intereses de las élites y un **pre**-juicio respecto de las culturas de otros grupos o pueblos en base a categorías occidentales modernas.

Por consiguiente, siguiendo con Sahlins (1983), no dejan de ser lógicas y pertinentes sus advertencias, o recordatorios: el “Hombre Económico es una invención burguesa” y la “economía de mercado” es “en todo momento una trampa ideológica de la cual debe escapar la economía antropológica” (o, lo que aquí se tiene por lo mismo, la Socioeconomía). Ese cuestionamiento, parafraseando a la antropóloga Britt-Marie Thuren en su advertencia sobre un feminismo **occidentalizante**, no debe caer en nuevos vicios: hay que evitar tanto un “relativismo paralizador” o una “antropología sin motivación política”, como “nuevas formas de etnocentrismo” o una crítica a la Economía

Moderna “sin conciencia antropológica” (Villa-verde, 2015).

En todo caso, la “trampa ideológica” que se tiende desde la Economía Moderna incluye un asunto ético para nada menor. Pues, se instala y legitima el egoísmo cual práctica y/o criterio no solo deseable, sino el correcto a nivel individual y social. Este extravagante proyecto promotor del **vicio**, a pesar de ser muy cuestionable, es legitimado al publicitarlo cual inexorable **descubrimiento** de la “ciencia”. Sin embargo, por si no fuera ya suficiente, se ignora que en ningún caso el egoísmo es **el** rasgo característico de la especie. Tampoco una conducta siempre tolerada, ni menos aceptada o promovida a través de la historia alrededor del mundo:

“Para la mayor parte de la humanidad el interés personal tal como lo conocemos [en Economía Moderna] **es antinatural en el sentido normativo**: se considera locura, brujería o base para el ostracismo, la ejecución o, como mínimo, la terapia (...) esa avaricia suele verse como una pérdida de humanidad (...) el concepto inherentemente occidental de la naturaleza animal del hombre como algo regido por el interés propio resulta una **ilusión** de proporciones antropológicas **a escala mundial**” (Sahlins, 2011: 67. Negritas nuestras).

Los datos antropológicos e históricos son desechados por los economicistas ortodoxos al imponer una concepción mecánica de los actos humanos. Luego, como ese **algoritmo de la voluntad** describe acriticamente una relación causa-efecto, deja condenados a los economistas “positivos” a ser tecnócratas “objetivos” y “neutrales”³⁵. La apropiada actitud profesional -una vez que se dan por datos **dados** los fundamentos, teoría, metodología y objetivos de la disciplina-, sería mantenerse al margen de cualquier juicio respecto de lo que los economistas obran en el mundo. Como para esos tecnócratas todo cuanto sucede es una cuestión técnica en un contexto automático,

la moral no es un asunto económico: ante fines predefinidos solo resta discutir los medios, y exclusivamente en sentido técnico, estratégico o pragmático. De presentarse algún inconveniente bastaría catalogarlo en el ítem “externalidades”... ya se hará alguien cargo del asunto dada la autorregulación del mecanismo social³⁶.

La aversión economicista por la ética, al pasar una vez más por alto una obviedad, da lugar a una curiosa paradoja. La Economía “científica” de hecho **prescribe** que la maximización o la conducta “racional” es la correcta. Es decir, a todas luces se propone una ética, una forma de orientar la acción humana en todos los ámbitos de la vida; no solo en lo productivo-comercial o en otros contextos específicos o circunstanciales. Como bien afirma Renato Espoz (2003), la Economía fue transformada en la “moral moderna”. Los economistas ortodoxos, a pesar de su rechazo a las intromisiones extracientíficas en su campo, son los verdaderos **adalides éticos** de estos tiempos.

Desde el reduccionismo de la Economía “científica”, o en realidad científicista, el modelo termina suplantando a la realidad. Una ideología específica, el Neoliberalismo, es presentada como objetiva y neutral, y luego, esa teoría es asumida como más verdadera que los propios hechos empíricos. En un craso error se confunde “validez” (del modelo o los supuestos) con “verdad” y se termina reemplazando a esta última por la primera. La pretensión de haber encontrado el **algoritmo de la voluntad**, implica una incomprensión profunda de la realidad y de su complejidad. Se termina entendiendo a los grupos y sociedades humanas a modo de un conjunto de autistas que cohabitan un espacio físico determinado, donde **crean** espontáneamente relaciones sociales y hasta instituciones cuando

se **intersectan** de manera inconsciente, motivados por su deseo egoísta de saciar algún apetito individual. Burdo modelo mecánico que evidencia su inutilidad para la comprensión cabal de los fenómenos socioculturales³⁷.

La persistencia del dominio teórico y práctico de la Economía Moderna, deja en claro que se está ante un asunto que rebasa ampliamente el ámbito académico. Es una cuestión situada manifiestamente en el campo político y de los intereses económicos. Nada más alejado de lo que se supone debería ser e implicar la “buena ciencia económica”. ¿O alguien podría sinceramente sostener que dicho enfoque no representa, difunde y defiende las concepciones e intereses de la derecha radical y de los grandes agentes económicos? ¿Qué es la Economía “científica” sino Liberalismo adornado con matemáticas? Difícilmente se podría concluir otra cosa de la experiencia chilena de la Dictadura a la fecha o de la estadounidense desde Ronald Reagan a Barack Obama. El punto es que esa postura ideológica ya ni siquiera es propuesta como correcta, eficiente o responsable. Dados sus fundamentos y lógica, se concluye/sostiene que es **el** sistema propio del *homo sapiens*, es el único acorde a la inherente y verdadera esencia de la especie. No es que de hecho pudiera ser conveniente, sería **natural**.

En consecuencia, podría decirse que la función de utilidad, cual pretendida prueba definitiva del estatus científico de la Economía Moderna es, a lo más, una especie de victoria pírrica. Los ingentes esfuerzos -en muchos casos muy sinceros y bien intencionados- de conformar una “ciencia”, no dieron fruto alguno que valieran en realidad la pena. Irónicamente, ello no ha hecho mella en los economistas fundamentalistas y en su perniciosa influencia en muchas sociedades contemporáneas.³⁸

Con todo, en ocasiones sí es posible predecir guiados por un sustento falso. Mas, ello solo dejaría conforme a una investigación de un mediocre pragmatismo... o a una cuya "racionalidad" no buscara un resultado verdadero. Sin embargo, no hay duda de que la función de utilidad no sirve a una investigación de carácter realmente científico. Hasta Robbins Burling, un antropólogo que respalda el análisis "racional" de la Economía Moderna, expone esa debilidad explicativa: "Si afirmamos que las personas actúan de tal forma que maximizan algo lo bastante amplio (las 'satisfacciones') para subsumir todas nuestras metas más específicas, **decimos muy poco**" (Burling en Godelier, 1976: 120. Negritas nuestras)³⁹.

Todo indica que desde el criterio de la calidad de la investigación, la "racionalidad" económica moderna y la función de utilidad conllevan no solo desorientación, sino claramente el error. Esto tiene también efectos en un ámbito de la mayor importancia: la planificación y aplicación de políticas públicas. Pues, al impedir el reduccionismo económico comprender de forma

correcta los fenómenos e instituciones socioculturales -a las personas, grupos y pueblos finalmente-, entrega una débil base para la materialización de la teoría en forma de proyectos aplicados. Aunque, tal vez, esa "racionalidad" economicista precisamente sirve para justificar ajustes, políticas de choque, liberalizaciones a ultranza e incluso la corrupción⁴⁰.

Para concluir, la "ciencia" económica conlleva importantes consecuencias desde la perspectiva de la identidad: la imposición cultural y/o de (ir)realidades. Larga experiencia tienen en ello las naciones y pueblos colonizados y/o neocolonizados del Sur Global (y los grupos subalternos de cualquier país). No obstante, en honor a la verdad, dichos pueblos han venido aceptando con gusto un nuevo tipo de espejos y cuentas de colores de los hombres blancos... esta vez en forma de teorías y políticas "científicas". Los hijos de "La Malinche" estudian posgrados en Economía del Norte y orgullosos atesoran sus diplomas que los certifican como civilizados honorarios. Mientras, sus pueblos siguen soportando su "ciencia"⁴¹.

Notas

¹ Este texto es parte de la continuación de mi trabajo de investigación sobre la Economía Moderna y específicamente se elaboró sobre la base de la ponencia presentada en el VIII Congreso Chileno de Sociología 2014 y Encuentro Pre-ALAS 2015, 22-24 de octubre de 2014, La Serena. Ponencia que fuera escrita a partir del apartado de un artículo publicado en el sitio América Latina en Movimiento (<http://alainet.org/es/active/76509>). Agradezco al Dr. Nicolás Gómez y a la economista Gabriela Toledo por sus observaciones al texto de la ponencia; y a mi ex estudiante y amigo Bruno Montenegro por su ayuda con las sutilezas del idioma.

² Para estos temas, salvo cuando se indica, nos remitimos en este apartado a Monares (2008 y 2012).

³ En el siglo XVII se desarrolla y consolida en las islas británicas el llamado "movimiento puritano", de bases calvinistas, y transversal a todas las confesiones cristianas no católicas. Este movimiento marcó profundamente al pueblo y la cultura británica, y por cierto el trabajo de sus intelectuales ilustrados.

⁴ El economista Friedrich List denunciaba que, una vez en "la cumbre de la grandeza", las élites británicas comprendieron que debían arrojar "tras de sí la escala" por la cual llegaron a su posición y "predicar a otras naciones las ventajas de la libertad comercial" (List, 1997: 414). Lionel Robbins señaló que los "economistas clásicos ingleses" nunca hubieran apoyado un "sacrificio en favor del bienestar del resto del mundo": cuando "recomendaron el libre comercio como una política general", lo hicieron "por el interés de su propio país" (Myrdal, 1959). Entre otras naciones desarrolladas, Gran Bretaña creció al alero del proteccionismo y las regulaciones estatales, lo que no impide a tales países y a la academia neoliberal predicar a las naciones tercermundistas las **ventajas** del libre comercio (Chang, 2007).

⁵ Por ejemplo, Friedrich Hayek (1981), Nobel de Economía 1974, señala al "individualismo" como **la** característica evidente de civilización y progreso.

⁶ Para comprender a cabalidad la obra de Smith, es indispensable tomar en cuenta su religiosidad: el pensador escocés es un ejemplo más de cómo la doctrina reformada cimentó las reflexiones y propuestas ilustradas.

⁷ "Los bendijo Dios y les dijo: 'Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra'".

⁸ Smith hizo lo obvio para un ilustrado, al sintetizar la doctrina calvinista con la cuantificación newtoniana. El propio Newton había señalado el camino: dado que la Providencia gobierna el universo natural y humano, se podía/debía develar científicamente el mecanismo natural-providencial subyacente a ambos ámbitos.

⁹ La predestinación se refiere al "eterno decreto de Dios, por el que ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres", preestableciendo desde la eternidad su "condición" mundana y ultramundana (Calvino, 1988: 723-733).

¹⁰ Más allá de la discusión que desde el relativismo cultural pudiera darse en torno a los conceptos de "hecho" y de "hecho científico", como asimismo del evidente influjo de aspectos extracientíficos en la ciencia, se entiende que el argumento presentado busca cuestionar el **cientificismo** de la Economía Moderna.

¹¹ "(...) los economistas han abandonado la anticuada idea de la utilidad como medida de la utilidad y han reformulado totalmente [sic] la teoría de la conducta del consumidor en función, ahora, de sus **preferencias**. Se considera que la utilidad no es más que una *forma de describirlas* (...) Una función de utilidad es un instrumento para asignar un número a todas las cestas de consumo posibles de tal forma que las que se prefieren tengan un número más alto que las que no se prefieren" (Varian, 2002: 55. Énfasis del original). Otra exposición muy accesible de la función de utilidad, puede encontrarse en el texto de Jon Elster, ver capítulo 3: "Elección racional".

¹² Lo señalado en el texto corresponde a la diferencia entre la definición "formal" y la "sustantiva" de economía. O sea, entre la visión abstracta y universal de un cálculo maximizador tras una relación fines a medios en un contexto de escasez, y las formas reales en que a través de la historia los pueblos han conseguido institucionalmente su sustento (Polanyi, 1994; Polanyi, Arensberg & Pearson, 1976). Maurice Godelier (1976) critica el enfoque sustantivo porque ignoraría las contradicciones de los sistemas no modernos y de sus instituciones, pero todo indica que como un nativo moderno (francés, académico acomodado y marxista), no ve las evidentes implicancias políticas de dicha mirada para el Sur Global e incluso para los grupos subalternos de las naciones occidentales.

¹³ Mas, se sabe que el dinero es **la** unidad de medida de la Economía Moderna, por ende, las elecciones y su consiguiente "costo de oportunidad" se expresarán en una cifra monetaria. Cuestión ya establecida en el **lejano** siglo XVIII por Jeremy Bentham: el "dinero" es **el** medio de estimar con exactitud "la cantidad de dolor y placer", los sentimientos determinantes de las elecciones (Bentham, 1978: 190).

¹⁴ Paul Streeten realiza una crítica del uso abusivo de las matemáticas en la Economía contemporánea: pasaron de ser un "lenguaje" a una cuestión central, más allá de sus manifiestas falencias como base para comprender el fenómeno humano. Por ejemplo, en palabras del economista Kenneth Boulding, por su "extraordinaria escasez de verbos": "es difícil encontrar más de cuatro: es igual a, es mayor que, es menor que y es una fracción de" (Boulding citado en Streeten, 2007: 50).

¹⁵ Otro ejemplo de la lucha contra la "traición" se tiene en un curioso diálogo entre el Nobel Amartya Sen y "un eminente economista español": el primero se declaraba a favor del enfoque interdisciplinario en economía, ante lo cual el segundo contestó que esos estudios "nunca estarían presentes en su facultad" y que los estudiantes "estaban allí para estudiar con rigor los 'fundamentos básicos de la economía' ". Al insistírsele en el punto, la eminencia aceptó que sus estudiantes podían estudiar historia... "pero, evidentemente, solo en su tiempo libre" (Mold en Chang, 2007: 30).

¹⁶ La Real Academia Española de la Lengua define “Algoritmo” como: “Conjunto ordenado y finito de operaciones que permite hallar la solución de un problema” (<http://lema.rae.es/drae/>). Se usa aquí el término en razón de graficar la vertiente de pensamiento ingenieril más burdamente concreta, la cual entiende que como todo hecho responde a una especie de receta finita y establecida, lo mismo ocurriría con los asuntos humanos o socioculturales.

¹⁷ Diversos “economistas misioneros” han extendido el enfoque “científico” de la Economía –“a menudo contra las aprensiones y hostilidad de los nativos”- a la economía del derecho, a la “nueva” historia económica, al análisis económico del comportamiento y la estructura social, y al análisis económico de la política (Stigler, 1984).

¹⁸ Los economistas ortodoxos siguen **comprobando** su mascarada, por medio de dos vías “empíricas”: medidas economicistas modernas aplicadas en países insertos en la cultura occidental moderna y/o con instituciones capitalistas de mercado (Monares, 2008); y, como es común en las universidades occidentales, en las experiencias de laboratorio guiadas por teorías occidentales modernas se emplean mayoritariamente nativos occidentales modernos (Hendrich, Heine & Norenzayan, 2010).

¹⁹ Respecto a la (de)formación que tal “buena ciencia” ejerce sobre miles de jóvenes alrededor del mundo, considérense el caso comunicado al autor por estudiantes: un académico neoliberal de una reconocida universidad chilena dicta un curso de Historia económica en el cual solo enseña neoliberalismo, pues al ser el único sistema que “funciona”... sería innecesario estudiar las demás escuelas y/o épocas.

²⁰ Si bien aquí se trata la Economía ortodoxa, se estima que todas las visiones o escuelas económicas que se autodefinen como “científicas” o se adhieren a tal paradigma, quedan atrapadas en mayor o menor medida en el enfoque ideológico y cultural occidental moderno.

²¹ A pesar de lo que parece una radical crítica de los “tontos racionales”, Sen se aleja de la postura antropológica y empírica de McKinnon, Polanyi o Sahlins asumida aquí. Declara su desinterés por “la relación entre los modelos postulados y el mundo económico real” y evita cuestionar el “realismo” de la “concepción escogida del hombre” por la Economía (la cual sabe relacionada a “ciertas cuestiones filosóficas planteadas en el pasado”). El autor sigue y quiere seguir **dentro** de la Economía “científica”.

²² Esa visión mecanicista se mantiene, implícita o explícitamente, en el paso siguiente de la Economía “científica”: la teoría de juegos. Este estudio matemático de la toma de decisiones, se puede graficar en el famoso “Dilema del prisionero”: a dos detenidos el fiscal les presenta una oferta por separado que implica delatar o no al otro y penas consecuentes a lo decidido. Pero, la cultura criminal rechaza delatar y es esa cultura, no las expectativas “racionales”, la que en general guía las decisiones de los delincuentes: cuando se conoce la cultura **real** de los criminales, se sabe que para la gran mayoría el “Dilema del prisionero” no representa dilema alguno.

²³ En diversos pueblos no occidentales modernos el parentesco es la clave de las relaciones sociales. Esos lazos se establecen muchas veces por principios extra genéticos, lo cual no elimina ni debilita

“el mandato de que los parientes deben sentir amor el uno por el otro” (Sahlins, 2011). Se aclara que no se pretende idealizar esas culturas: la reciprocidad puede tomar diversas formas no siempre fraternales y la ética hacia el no pariente puede expresarse hasta en la negación de su humanidad.

²⁴ Asimismo, “la acción economizadora puede estar presente en diversos aspectos de la conducta, por ejemplo en lo referente al tiempo de que se dispone, a la energía que se despliega o a las suposiciones teóricas que se formulan, pero no es necesario que la economía contenga instituciones de intercambio que reflejen estos principios en la vida cotidiana de los individuos...” (Polanyi et al., 1976: 47).

²⁵ Por ejemplo, la Economía Moderna atribuye a las sociedades cazadoras “impulsos burgueses”: objetivos de acumulación infinita que calculan entre medios y fines en un contexto escasez. Ello implica no “considerar la posibilidad empírica de que los cazadores trabajan para sobrevivir, un objetivo finito”. No se trata de que tales pueblos, **y muchos otros**, “hayan dominado sus ‘impulsos’ materialistas, sino simplemente de que **nunca** hicieron de ellos una institución” (Sahlins, 1983: 26-27. Negritas nuestras).

²⁶ Descripción que, en general, puede ser más acertada en una muestra muy específica: estudiantes y profesores de Economía ortodoxa, y diversos practicantes de dicha concepción como *brokers* de bolsa, gerentes, etc.

²⁷ Las homologaciones surgidas de una “descripción superficial”, pueden incluso llegar al absurdo: los castores construyen diques, los mandriles organizan grupos sociales o las moscas escorpión dan “regalos nupciales” para atraer hembras... **igual** que los humanos (Geertz, 2000; McKinnon, 2012).

²⁸ El antropólogo Pierre Clastres expone casos de primeras naciones americanas que impiden establecer relaciones causales fijas entre lo económico y lo político: “cazadores-pescadores-recolectores, nómadas o no, presentan las mismas propiedades sociopolíticas que sus vecinos agricultores sedentarios”; o entre lo político y lo económico: “las sociedades mesoamericanas — sociedades imperiales, sociedades con Estado— eran tributarias de una agricultura que, aunque más intensiva que en otras partes, no dejaba de situarse, desde el punto de vista técnico, muy cerca de las tribus ‘salvajes’ de la Selva Tropical” (Clastres, 2013: 168).

²⁹ Considérense algunos casos en que la mala ciencia homologa cuestiones en apariencia similares y universaliza lo occidental moderno: el suicidio ritual y honorífico del *kamikaze* sería una expresión del acto de quitarse la vida, la minga chilota para una tiradura de casa sería una expresión de la mudanza, las corridas de toros serían una expresión del sacrificio de animales, las “guerras floridas” aztecas serían una expresión de los conflictos armados, la pertenencia a una “barra brava” sería una expresión del gusto por los espectáculos deportivos, el *palin* mapuche sería una expresión del *hockey* césped, la Escuela de las Américas sería una expresión de la educación formal, el “precio de la novia” sería una expresión de la trata de mujeres, la pertenencia a una cofradía religiosa sería una expresión de los clubes sociales o el mascar hojas de coca andino sería una expresión de una dieta vegetariana.

³⁰Olivia Harris (1987) expone diferentes formas de prestación de trabajo en la comunidad laymi de Bolivia: la “ayuda” (*yanapaña*), en la cual “el trabajo se presta sin un cálculo preciso de deudas y haberes para saldar reciprocidades”; y el *ayni* y la *mink’a*, que implican “trabajo con retribución directa” y calculada “cuidadosamente”. A pesar del cálculo para reciprocitar las labores y de que “en muchas partes de los Andes” la *mink’a* se haya “convertido en una forma encubierta de trabajo asalariado”, no se está ante lo que desde la Economía Moderna se entendería por trabajo asalariado (sea pagado en especie o en trabajo futuro). Es imposible esa homologación por la institucionalidad económica laymi, incrustada en las relaciones de parentesco y étnicas, fundadas en la solidaridad y la complementariedad. Jhonny Ledezma (2003) expone un ejemplo más reciente de interacción entre economía campesina indígena y economía de mercado, donde las “estrategias no monetarias” son preeminentes y acordes a la cultura andina tradicional.

³¹Para un caso chileno, Nicolás Gómez (2010) expone sistemas de sustento en contextos urbanos pobres y modernizados, que se valen de estrategias monetarias-no lucrativas entre familiares y/o habitantes de una “población”. Además, debo agradecer al autor la comunicación personal de su trabajo de campo en la “cola” de la feria de la población La Pincoya, y con un sindicato de comerciantes de la Vega Central de Santiago.

³²Por haber tratado ya el tema se ignorará la explicación ortodoxa acerca de que, como ambas personas valoran más las relaciones personales no monetarias que las de mercado, maximizan la mantención y reforzamiento de lazos sociales para conseguir sus fines instrumentales.

³³El economista James Fallows da cuenta de las diversas perspectivas culturales e ideológicas **dentro** de la propia Economía Moderna: Friedrich List, economista del siglo XIX crítico de Smith y del libre mercado, es muy leído en países como Japón y Corea del Sur. Precisamente pueblos que tienen una mirada económica de largo plazo, con un Estado intervencionista, y donde el bien nacional en general es puesto por sobre los intereses individuales. Por el contrario, List es prácticamente un desconocido en el libremercadista e individualista ambiente universitario estadounidense e inglés (Suárez citado en List, 1997).

³⁴En Antropología “etnocentrismo (...) no es el simple hecho de preferir los valores culturales propios, sino más bien el prejuicio acrítico en favor de la cultura propia y la crítica tendenciosa y parcial de las culturas extrañas” (Bidney, 1977: 313).

³⁵En el plano de la gestión del Estado, el Neoliberalismo propone que la “técnica” **debe** reemplazar a la política y los “técnicos” a los políticos; esa fue la **utopía** tras la acción de los economistas neoliberales funcionarios de la dictadura cívico-militar chilena (Valdés, 1989). Para los fundamentos de esa preeminencia de la Economía sobre la Política, ver Monares (2008).

³⁶Lawrence Summers (1992), validó “técnicamente” la enfermedad y muerte **intencional** de los pobres cuando era economista jefe del Banco Mundial: “una cantidad dada de contaminación nociva para la salud debería ponerse en el país con el costo más bajo, es decir, el que tenga los salarios más bajos. Pienso que la lógica económica que hay detrás de llevar una carga dada de residuos tóxicos al país con menores salarios es impecable y deberíamos reconocerla”. Lo preocupante de esta ética tecnocrática es su difusión en los cursos “científicos” **obligatorios** de las secundarias y universidades.

³⁷Como en otros escritos, de nuevo proponemos denominar las cátedras de “Economía” que pretenden dar cuenta de una economía **universal**, cuando solo tratan la escuela neoliberal o “científica”, con el nombre más realista y acotado de “Técnicas de maximización lucrativa”.

³⁸Para referirse solo a un caso reciente, Paul Krugman (2015), Nobel de Economía 2008, critica las medidas ortodoxas que impusieron a Grecia el 2010 el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea. Esas rígidas y prefabricadas medidas “de austeridad” eran “una fantasía económica” que dio lugar a “una pesadilla económica y humana” que no “tenía ninguna posibilidad de funcionar”.

³⁹El Grupo Pensamiento Crítico expone cómo dentro de la propia Economía el “Teorema de la Imposibilidad” de Kenneth Arrow, Nobel de la especialidad 1972, evidenció “la imposibilidad de un orden social basado en el interés propio que cumpla con ciertos criterios básicos de democracia”. Por su parte, Jon Elster expone otras dos observaciones no menores: “la persona racional puede elegir solo lo que cree que es el mejor medio”, **creencia** que puede ser “errónea”; y, “La noción de elección racional está definida para un individuo, no para una colectividad” (Elster, 1996: 33 y 37). Asimismo se puede citar al Nobel Amartya Sen (1986) y su crítica al reduccionismo del modelo maximizador de la teoría económica ortodoxa, la cual en su simplificación conductista asume “demasiadas cosas” al tiempo que considera “demasiado poco” de otras variables intervinientes.

⁴⁰Los economistas Joseph Stiglitz (2003), Nobel de Economía de 2001, y Jacques Sapir (2004) dan cuenta de las negativas consecuencias prácticas de las políticas desarrolladas y aplicadas desde el reduccionismo ortodoxo; ambos exponen casos de corrupción asociados a esas prácticas y a sus agentes.

⁴¹Hay que recordar que el gran logro “técnico” de estos “científicos”, ha sido disparar en los últimos treinta años la “desigualdad económica extrema”. Con todas las penurias personales y negativas consecuencias económicas, sociales, culturales, ambientales y políticas que ello conlleva (Seery & Arendar, 2004).

Referencias bibliográficas

Ander-Egg, E. (1995). *Técnicas de investigación social* (24ª edición). Buenos Aires: Lumen.

Becker, G. (1978). *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago: The University Press.

Bentham, J. (1978). *Escritos económicos* (1ª reimpresión). México: Fondo de Cultura Económica.

Bidney, D. (1977). "Cultura: relativismo cultural". En *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Vol. III, Madrid: Aguilar

Bruni, L. & Zamagni, S. (2003). "Persona y comunión: Herramientas para una refundación relacional del discurso económico". En Bruni, L. & Zamagni, S. (comps.). *Persona y comunión. Por una refundación del discurso económico*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.

Clastres, P. (2013). *La sociedad contra el Estado* (2ª edición). Santiago: Hueders.

Chang, H.-J. (2007). *Retirar la escalera. La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*. Madrid: Libros de la Catarata.

Elster, J. (1996). *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales* (2ª edición). Barcelona: Gedisa.

Espoz, R. (2003). *De cómo el hombre limitó la razón y perdió la libertad. El poder de la religión en la filosofía occidental*. Santiago: Editorial Universitaria.

Geertz, C. (2000). *La interpretación de las culturas* (10ª reimpresión). Barcelona: Gedisa.

Godelier, M. (comp.). (1976). *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.

Gómez, N. (2010). Cambios culturales en la organización económica ubicada en medios sociales urbanos pobres. Estudio de casos de las organizaciones económicas de la comuna de Huechuraba, Región Metropolitana, Chile. (Tesis de doctorado). FLACSO, Sede Académica Argentina, Buenos Aires.

Grupo Pensamiento Crítico (s/f). "El teorema de imposibilidad de Arrow. ¿Es el bien común una búsqueda imposible?". Disponible en: <http://www.pensamientocritico.info/index.php/articulos-1/goticas-de-economia-critica/el-teorema-de-imposibilidad-de-arrow-reconsiderado-ies-el-bien-comun-una-busqueda-imposible> Fecha de consulta: 15 de febrero de 2015.

Harding, G. (1995). "La tragedia de los comunes". *Gaceta Ecológica*, N° 37. Instituto Nacional de Ecología.

Harris, O. (1987). *Economía étnica*. La Paz: Hisbol.

Hayek, F. (1981). "Los fundamentos éticos de una sociedad libre". *Estudios Públicos*, N° 3. Centro de Estudios Públicos.

Hendrich, J., Heine, S. & Norenzayan, A. (2010) "The Weirdest People in the World. How Representative are Experimental Findings from American University Students? What Do We Really Know About Human Psychology?". *Behavioral and Brain Sciences*, N° 33.

Krugman, P. (2015). "Syriza debe ignorar las llamadas a la austeridad". *Sin Permiso*. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=7700> Fecha de consulta: 30 de marzo de 2015.

Ledezma, J. (2003). *Economía andina. Estrategias no monetarias en las comunidades andinas quechuas de Raqaypampa*. Quito:

Ediciones Abya-Yala.

List, F. (1997). *Sistema nacional de economía política* (2ª edición). México: Fondo de Cultura Económica.

McKinnon, S. (2012). *Genética neoliberal: mitos y moralejas de la psicología evolucionista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Monares, A. (2008). *Oikonomía. Economía moderna. Economías*. Santiago: Ayun.

____ (2012) *Reforma e Ilustración. Los teólogos que construyeron la Modernidad* (2ª edición revisada y aumentada). Santiago: Ayun.

Myrdal, G. (1959). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Madrid: Mondadori.

Polanyi, K., Arensberg, C., & Pearson, H. (1976). *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor.

Radford, R.A. (1945). "The Economic Organization of a P.O.W. Camp". *Economica*, Vol. 12, noviembre.

Sahlins, M. (1983). *Economía de la Edad de Piedra* (2ª edición). Madrid: Akal.

____ (2011). *La ilusión occidental de la naturaleza humana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sapir, J. (2004). *Economistas contra la democracia. Los intereses inconfesables de los falsos expertos de la economía*. Buenos Aires: Ediciones B.

Seery, E. & Arendar, A. (coord.) (2014). *Iguales. Acabemos con la desigualdad extrema. Es hora de cambiar las reglas*. Oxford: Oxfam.

Sen, A. (1986). "Los tontos racionales. Una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica". En Hanh, F. & Hollis, M. (comp.). *Filosofía y teoría económica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.

____ (2000). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (11ª reimpresión). México: Fondo de Cultura Económica.

Stigler, G. (1984). "Economics. The Imperial Science?". *Scandinavian Journal of Economics*, Vol. 86, N° 3.

Stiglitz, J. (2003). *El malestar en la globalización* (2ª edición). Buenos Aires: Taurus.

Streeten, P. (2007). "¿Qué está mal en la economía contemporánea?". *Revista de Economía Institucional*, Vol. 9, N° 16, primer semestre.

Summers, L. (1992). "Let Them Pollution", *The Economist*, 8 de febrero.

Valdés, J. (1989). *La Escuela de Chicago: operación Chile*. Buenos Aires: Zeta.

Van Kessel, J. & Condori, D. (1992). *Criar la vida: trabajo y tecnología en el mundo andino*. Santiago: Vivarium.

Varian, H. R. (2002). *Microeconomía intermedia. Un enfoque actual* (5ª edición). Barcelona: Antoni Bosch.

Villaverde, N. (2015). "Rompiendo fronteras con el feminismo", *Mito. Revista Cultural*, N° 20, 8 de abril. Disponible en: <http://revistamito.com/rompiendo-fronteras-con-el-feminismo/> Fecha de consulta: 10 de abril de 2015.